



Capítulo 141

Justo después de que Yuman le advirtiera y se marchara, Alon regresó a su habitación para descansar un rato.

«Entonces, ese Rikrakamur, o como se llame, ¿era grande?».

«... ¿De repente?».

«Los soldados que han regresado de la expedición han estado armando un gran alboroto. No dejo de oírles hablar de ello».

preguntó Evan.

[Hmph, solo era un debilucho gigante].

Pero quien respondió no fue Alon, sino Basiliora.

«¿Eh? ¿Cómo está todo ahí fuera?».

[¡No me señales! ¡Humilde humano!]

Basiliora le espetó al dedo que lo señalaba.

«Se quejaba de estar demasiado aburrido, atrapado dentro del anillo. Así que hice que pudiera salir libremente».



«... ¿Eso era posible?».

«Si conectas un rastro de magia a la ranura del anillo tal y como decía, puede ir y venir a su antojo».

[¡Ja, ja, ja, ja! ¡Así es! ¡Ahora soy un espíritu libre!]

Basiliora curvó su cuerpo y abrió la boca de par en par.

Como siempre, no medía más de 30 cm y tenía un aspecto adorable.

«De todos modos, Rikrakamur era más grande que Basiliora».

«¿En serio?».

«Sí».

«¿Entonces esta cabeza de serpiente podría haber sido asesinada de un solo golpe?».

Evan sonrió burlonamente, como si estuviera bromeando.

La pequeña serpiente se enfureció ante sus palabras.

[¡Qué tontería! Si me hubiera manifestado por completo, ipodría haber hecho pedazos a esa cosa!]

«Sí, sí, claro».

[¡No me subestimes, humano! ¡Incluso me ganaste en un juego de cartas!]

«¡Apenas ganaste una de treinta rondas y ahora te crees muy importante!».

[¡Hmph! ¡El verdadero ganador es el que queda victorioso al final!]

Los dos comenzaron a discutir de nuevo tan pronto como se encontraron.

«... ¿Se llevan bien o no?».

Mientras tanto, la pequeña criatura que estaba sobre el pecho de Alon, Blackie...

salió de su abrigo y miró con curiosidad a Basiliora.

[¿Eh?]

Al darse cuenta de la mirada, Basiliora sonrió con desprecio.

[¡Hmph! ¡Un mocoso como tú, que aún huele a leche, se atreve a mirarme!!!]

Con un gruñido, Basiliora rugió.

Sin embargo, Blackie simplemente ladeó la cabeza una vez.

iSmack!

[¿Miau?]

Golpeó la forma espectral de Basiliora, haciéndola volar por los aires.

Basiliora se estrelló contra el suelo como un juguete y rodó por él.

«¡Oh! ¡Ohhh! ¡Por fin tengo una opción de ataque!».

Evan levantó a Blackie como si hubiera encontrado un arma formidable.

pero...

|||||

El gatito reveló de repente unos ojos rojos brillantes,

emitiendo un chillido aterrador.

Evan, que había estado sonriendo, soltó inmediatamente a Blackie.

Alon, que había presenciado todo, murmuró:

«... Qué desastre».



Resumió la relación triangular de forma sencilla.

Mientras el grupo de Alon pasaba un rato peculiar pero agradable juntos, en una habitación de invitados cerca de la frontera, dos personas se enfrentaban cara a cara.

A un lado estaba el cardenal Yutia del Reino Sagrado y, al otro, Yuman, el santo del Reino Sagrado.

«Su Santidad, dijo que tenía algo que decirme. ¿De qué se trata?».

Yutia sonrió levemente, mientras que Yuman, con expresión severa, fue directo al grano.

«Cardenal Yutia, ¿visitó usted la frontera hace un mes?».

La pregunta fue seca e interrogativa, desprovista de cualquier cortesía.

Sin embargo, la sonrisa de Yutia no se alteró.

«¿Por qué me preguntas eso de repente?».

«He oído rumores de que te vieron en la región del cañón norte hace un mes».

Solo era un rumor, pero Yuman no había venido a Yutia basándose en meras habladurías.

—Cardenal Yutia, usted estuvo en Caliban hace aproximadamente un mes, ¿verdad?

«Sí, así es. Tenía previsto asistir al banquete del reino».

«No, eso no es correcto. El banquete estaba originalmente destinado al cardenal Sergio, pero tú alteraste repentinamente el programa para asistir, ¿no es así?».

Yutia no respondió. Simplemente miró a Yuman con una leve sonrisa, como invitándolo a continuar.

Yuman siguió adelante con calma.

«He oido que, tras llegar a Caliban, desapareciste durante unos tres días».

«Informé a los sacerdotes de que iba a difundir las enseñanzas de Sironia en otra aldea».

«Lo sé. Y el pueblo que visitaste, Pigani, está a un día de viaje de Caliban. Es famoso por su queso, una especialidad que siempre se anima a los visitantes a probar. Es un lugar muy hospitalario».

«¿Ah, sí?».

«¿Comiste queso?»

«Por supuesto».



Yutia respondió inmediatamente con una sonrisa.

Sin embargo, la expresión de Yuman se volvió más fría.

«Qué pena. Porque lo que acabo de decir era mentira».

«La especialidad de Pigani es, efectivamente, el queso, pero, por desgracia,

este año no se ha elaborado queso. Y tampoco queda ninguno en el almacén, porque el almacén de alimentos de Pigani se incidió en un accidente hace meses».

«.....»

«En resumen, cardenal Yutia, no pudo haber comido queso».

Yuman miró fijamente a Yutia y declaró sin rodeos:

«... Cardenal Yutia, usted estaba en el cañón, ¿verdad?».

«Quizás».

Incluso cuando Yuman dio en el clavo,

Yutia siguió sonriendo sin mostrar el más mínimo signo de nerviosismo.



De hecho, parecía encontrar la situación divertida, y su sonrisa se hizo más profunda.

Hasta el punto de que Yuman se sintió desconcertado.

Su voz se volvió más fría.

«Si no tienes intención de responder, cambiaré la pregunta. ¿Qué piensas hacer con el marqués Palatio? ¿Qué plan estás tramando?».

«¿Es eso lo que quieras saber?».

«Sí».

«¿Por qué?»

«... Porque ya es un hombre que ha soportado muchas pruebas. No puedes tratarlo de forma imprudente o irreflexiva».

Por primera vez, una leve curiosidad brilló en los ojos de Yutia.

Fue fugaz, tan breve que ni siquiera Yuman se dio cuenta.

Pero poco después, ella lo disimuló rápidamente, rozándose suavemente los labios con las yemas de los dedos.

«Quizá tú y yo estamos viendo lo mismo».



«... ¿Qué acabas de decir?».

«Dijiste que querías saber qué planeo para mi señor, ¿no es así? Es sencillo. Quiero convertirlo en algo más grande. Sí, solo eso».

«... ¿Algo más grande?».

«Sí, algo más grande».

«Él ya es grande».

«Bueno, ¿de verdad lo es?».

Su risa melodiosa resonó en la habitación.

«Estoy de acuerdo contigo. Pero no es suficiente. Él se volverá aún más grande. No, debe volverse más grande. Más, mucho más».

Yuman se estremeció involuntariamente.

Estaba seguro de que la persona que tenía delante era el cardenal Yutia.

No hubo ninguna oleada de magia ni de poder divino, ningún cambio visible.

Nada había cambiado.

Sin embargo, todo su cuerpo temblaba.



Porque en los ojos de Yutia brillaba vívidamente la locura.

Mirándola a los ojos, Yuman estaba seguro.

Era imposible que estuvieran viendo lo mismo.

Ella era peligrosa.

Pensamientos fugaces pasaron por la mente de Yuman.

¿Cómo podría separarla del marqués?

Por mucho que lo pensara, no se le ocurría ninguna manera.

O más bien, se le ocurrieron algunos métodos, pero no podía predecir cómo respondería el cardenal Yutia si llegara el caso.

Por lo tanto...

«... no te dejaré manipular al marqués Palatio a tu antojo».

Yuman se lo dijo con firmeza a Yutia, pero incluso eso...



—Por favor, hágalo, Su Santidad. Cuanto más lo haga, más beneficiará también a mi señor.

respondió Yutia en voz baja.

Por un momento, sus miradas se cruzaron.

Una mezcla de emociones indescifrables y determinación llenó el aire.

Mientras tanto, volviendo con Alon...

¡Tap, tap~!

[Ay... Por favor, por favor, detente. ¡Ten piedad...!]

«¡Eso es, Blackie! ¡Aplasta esa estúpida cabeza de serpiente!».

Alon observaba atónito el combate desigual entre Basiliora y Blackie, pensando para sí mismo:

«... ¿Debería comer un poco de camote?».

Aproximadamente un día después, mientras Alon debatía si dirigirse a Lartania o regresar a la finca del marqués, en una casa de subastas de la finca del marqués Palatio...



—¡Ja, ja, ja, ja!

Alexion, que en su día fue un famoso tasador y ahora es el dueño de la casa de subastas, soltó una carcajada en su oficina.

A pesar de dormir apenas cuatro horas al día, no podía evitar deleitarse con su vida actual.

¿La razón? El dinero.

Alexion ganaba tanto que sentía como si estuviera reviviendo sus días dorados en las callejuelas de Raksas.

Para ponerlo en perspectiva: ya había recuperado hasta el último centavo que había invertido a regañadientes gracias a la mirada amenazante de Satanás.

Y eso no era todo.

Dirigir la casa de subastas bajo el nombre del marqués Palatio le había reportado una gran cantidad de buena voluntad y contactos.

Todo ello sin mover un dedo.

El simple hecho de abrir la casa de subastas en la finca del marqués bastó para que la gente supusiera que tenía vínculos con él, lo que le valió no solo buena voluntad...

No.



«Ja, ja, ja...».

Le estaban sobornando.

¡Clink, clink!

Alexion metió repetidamente las manos en las dos cajas que había sobre su escritorio.

Las cajas estaban repletas de objetos valiosos.

Las levantó y las dejó caer con un suave estruendo.

Solo con mirarlo se llenó de alegría.

No pudo evitar sonreír, sintiendo que los agotadores meses de duro trabajo finalmente estaban dando sus frutos.

El hecho de que esta riqueza proviniera del estatus de otra persona lo hacía aún más dulce.

Era dinero gratis, no ganado, como encontrar una fortuna por casualidad.

Mientras disfrutaba de esta euforia...

¡Toc, toc!

Se oyó un golpe en la puerta de su oficina y él respondió alegremente:

«Adelante».

Pero...

En cuanto vio quién entraba, se quedó paralizado.

«Ay, Dios mío...».

Un hombre entró tranquilamente,

«Sin duda has estado disfrutando de los frutos de tu trabajo».

«... ¿Qué?».

Era alguien que no debería haber estado allí.

«¿Radan?».

«Sí, soy yo».

El Rey Pirata de Raksas, Radan, lo saludó con una sonrisa astuta.

Por un breve instante, Alexion se quedó boquiabierto, incrédulo.

Antes de que pudiera preguntar cómo había llegado Radan hasta allí,



«Así que has estado disfrutando de muchos sobornos, ¿verdad?».

Las palabras de Radan rompieron el silencio.

Alexion tartamudeó:

«Ah, bueno... verás... ¡todo esto era para ti!».

«¿Ah, sí?»

«¡Ja, ja, ja, por supuesto! Dado que estos bienes proceden del marquesado, es lógico compartir algunos de ellos contigo...».

Alexion intentó crear astutamente una oportunidad.

Pero...

«¿Parte de ello?».

«Ah, ja, ja, ja, no, no, más de la mitad! Quiero decir, yo también me esforcé, así que...».

«¿Crees que necesitas el resto?».

A las siguientes palabras de Radan...

«... No».

«¿Entonces?».

«... Te lo daré todo».

Alexion asintió obedientemente.

Y entonces...

«Esa es la decisión correcta».

Radan asintió con la cabeza.

Al observar a Radan, Alexion maldijo para sus adentros.

«Esta maldita lubina...».

Pero, aparentemente,

«¿Me puede dar una taza de café?».

«Por supuesto, se la traigo enseguida».

Inclinó rápidamente la cabeza y esbozó una sonrisa forzada.

Una sonrisa llena de desesperación por sobrevivir.